



Notas de pastoral Juvenil

10

AÑO 2 - 2016. Santiago de Chile



Acercamiento a los procesos de formación religiosa

Documentos de Reflexión sobre la Pastoral Juvenil Salesiana
Inspección Salesiana San Gabriel Arcángel - Chile

El desafío de la Formación Cristiana

Reflexión de Pastoral Juvenil

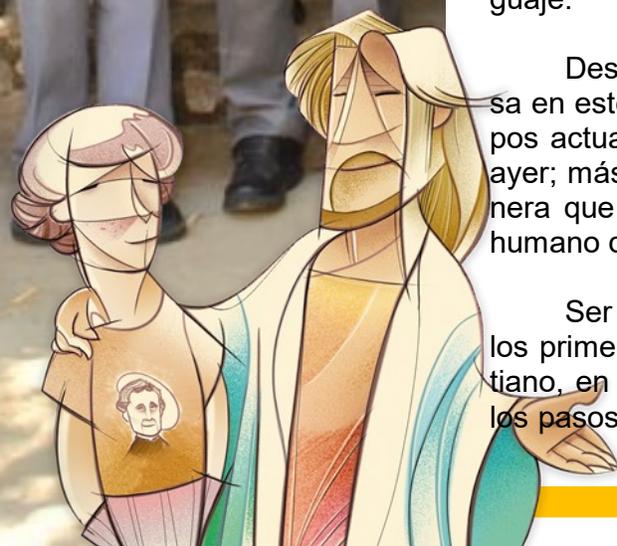
1. El desafío de la formación cristiana

Ser católico en Chile en estas primeras décadas del siglo XXI enfrenta desafíos originales, rara vez vividos a esta escala antes. En efecto, si bien por un lado se perciben evidentes signos de vida en nuestra sociedad (como la mayor conciencia de algunos derechos humanos, la sensación de unidad que permiten las tecnologías de la información y tantos adelantos en salud, por citar algunos ejemplos), por otro lado muchas certezas acerca del mundo y de la experiencia religiosa se han ido disolviendo, valores tenidos por inamovibles por generaciones pasadas, son criticados y puestos en dudas; formas de vida que fueron tradicionales, nunca sometidas a duda o discusión, rápidamente se reemplazan. Cierto es que no son pocas las personas que mantienen fuertes normas y prácticas llamadas “tradicionales”, pero cualquiera sea su configuración familiar, un creciente número de adultos muestra dificultades a la hora de discernir qué rumbo ha de tomar su vida.

Estas dificultades del mundo adulto repercuten en las nuevas generaciones de jóvenes, adolescentes y niños, cuando sus padres, educadores y otros referentes no logran señalar con convencimiento criterios y orientaciones para vivir en este nuevo mundo. Esto ha provocado que una creciente cantidad de muchachos y muchachas miren el mundo de un modo distinto (a veces ¡muy distinto!) a como lo hacen jóvenes sólo diez años mayores; es decir, los tiempos avanzan a un ritmo tal que, a sólo diez años de diferencia, los jóvenes se autoperciben ser parte de otra generación. Por lo tanto, ¡cuánto más es el abismo que hoy muchos muchachos tienen con la mayoría de los adultos! Incluso con la sensación de estar hablando otro lenguaje.

Descripciones de este estado de cosas hay por doquier. Lo que interesa en este instante es recalcar que, desde la perspectiva religiosa, los tiempos actuales requieren jóvenes cristianos más formados e informados que ayer; más precisamente, se requiere formarlos de un modo distinto, de manera que logren recibir en su formación religiosa elementos de desarrollo humano que, entre otras consecuencias, le otorguen sentido a sus vidas.

Ser cristiano, como se verá, es un camino. Incluso el cristianismo, en los primeros años de vida, fue llamado “el Camino” (ver Hch 9,2). Ser cristiano, en palabras simples, es hacer el camino de la propia vida siguiendo los pasos de Jesús. La experiencia de los primeros discípulos fue la de una



invitación a comprobar por sí mismos y en forma concreta qué ofrecía Jesús. “Vengan y vean” (Jn 1, 39). Sólo formando parte del grupo de discípulos, viendo, escuchando y practicando junto a la comunidad reunida en torno al Maestro, fue posible el crecimiento de las comunidades cristianas.

En la Iglesia la formación implica conversión personal permanente, y asimilación de un modo de comprender el mundo y de actuar cotidiano. Esto no se logra de modo espontáneo. No es necesario recordar la ley de la inercia y la ley del pecado que pende sobre toda persona.

En este sentido, considerando su momento histórico, la mirada de Don Bosco no fue ni ingenua ni pesimista, sino realista y esperanzadora. Quienes conviven con los muchachos diariamente saben que a veces no la pasan bien, que se sienten solos (más allá de los normales procesos psicológicos de desapego). Pero, quienes conviven con ellos de un modo consciente, saben de sus energías de bien, han constatado

que un corazón joven y valeroso puede dar sentido a una vida y hacer milagros. Don Bosco, como nadie, aprendió a mirar en la realidad de los jóvenes el paso salvador de Jesús, quien a cada joven y a cada generación nuevamente invita a seguirlo.

A la luz de lo señalado, resulta oportuno contar con propuestas de formación religiosa actualizadas. Es plenamente válido que existan matices, producto de sensibilidades particulares. Sin embargo, tal vez como nunca antes, la formación se convierte en una estrategia no tanto de expansión de la fe cristiana, sino de una real sobrevivencia. Se muestra como peligrosa aquella confianza de algunos de tener todavía, como “público cautivo”, a miles de niños y jóvenes en establecimientos católicos como escuelas, parroquias y universidades, pero donde no hay incidencia significativa. Más bien, hoy el desafío es tener una oferta de formación religiosa potente. Por ello, es necesario considerar críticamente los procesos formativos que hoy ofrecen la Iglesia en general, y nuestras CEPs en particular.

PARA REFLEXIONAR

¿Compartes esta afirmación?

“Padres, educadores y otros referentes no logran señalar con convencimiento criterios y orientaciones para vivir en este nuevo mundo, a la actual generación joven”.

¿sí? ¿no? ¿por qué?...



2. Una mirada retrospectiva

Recientemente hemos recordado los 50 años de la clausura del Concilio Vaticano II, un evento catalogado en la Iglesia Universal como el más importante del siglo XX, el que produjo una fuerte renovación en la comprensión que la Iglesia tuvo acerca de su identidad y de su misión. Entre varios asuntos relevantes, uno de ellos fue la restauración del catecumenado¹, como estrategia, principalmente en zonas de misión, para fortalecer la identidad cristiana de los convertidos y bautizados.

Como contribución concreta a esa propuesta, pocos años después se redactó el Ritual de *Iniciación Cristiana de Adultos*² que detalló el marco de los aprendizajes y las celebraciones de ese itinerario formativo. *El Directorio General para la Catequesis*³ (DGC), más tarde, volvió a respaldar el modelo catecumenal para la “iniciación cristiana”, proponiéndolo como un itinerario muy útil de aplicar de forma habitual en nuestras comunidades, puesto que cada vez más les cuesta a las familias entregar los elementos básicos, iniciales, de la educación cristiana a las nuevas generaciones. Con el tiempo, esta perspectiva de “iniciación” adquirió mayor protagonismo y aceptación eclesial. En efecto, una década después del DGC, los obispos de América Latina, reunidos en la Conferencia de Aparecida, afirmaron solemnemente que la iniciación cristiana en formato de catecumenado ha de ser la forma ordinaria que, desde entonces, debería adoptar la catequesis en todo el continente⁴.

Lo curioso sin embargo, que, luego de estas y otras reiteradas invitaciones magisteriales y de expertos pastorales a crear procesos formativos de iniciación cristiana en clave catecumenal, hay muy pocos itinerarios diseñados bajo

esa óptica en el continente⁵.

Por otra parte, y, quizás, como signo alarmante, hoy es evidente que, aunque la Iglesia ya no es el referente cultural de antaño, sin embargo, en la práctica, seguimos siendo testigos de la pertinaz confianza de muchos responsables eclesiales de las acostumbradas estrategias pastorales.

En efecto:

- se sigue insistiendo mayoritariamente en catequesis sacramentales,
- se sigue evaluando el éxito de una unidad eclesial (es decir, de una capilla, colegio católico, parroquia, decanato o diócesis) por medio de estándares cuantitativos (¿cuántos bautizados y confirmados, cuántas “primeras comuniones”,...?).
- más que itinerarios, se insiste en “programas” temáticos,
- en el diseño se sigue privilegiando el dominio de contenidos de tipo doctrinal por sobre el logro de aprendizajes de habilidades y actitudes cristianas.
- se presupone que los destinatarios ya tienen una opción de vida por Jesucristo, así como un conocimiento al menos básico de la doctrina y el dominio de prácticas cristianas,
- Incluso se presentan itinerarios como basados en la iniciación cristiana, pero que en lo concreto están diseñados bajo una mentalidad de cristiandad; es más de lo mismo⁶.

Esta situación permite suponernos como estando entre dos aguas, en el que se reconoce la pertinencia de proceder desde un modelo pastoral de tipo centrífugo, es decir, “en salida” como gusta decir al Papa Francisco, mientras se sigue procediendo según lineamientos de un modelo pastoral de tipo centrípeto, es decir,

¹ Recordemos que el catecumenado fue un itinerario de formación básica para quienes querían ser cristianos, diseñado y aplicado principalmente entre los siglos III al V, constituido por etapas y signos. Cf. CONCILIO VATICANO II, Constitución Sacrosanctum Concilium, 64; Decreto Ad Gentes Divinitus, 13-14; y Decreto Christus Dominus, 14.

² SANTA SEDE, Ritual de Iniciación Cristiana de Adultos, 1972 (en adelante RICA).

³ Cf. CONGREGACIÓN PARA EL CLERO, Directorio General para la Catequesis, 1997, n° 59, 68, 88-91 (en adelante DGC).

⁴ Cf. V CONFERENCIA GENERAL DEL EPISCOPADO LATINOAMERICANO. Discípulos y misioneros de Jesucristo para que nuestros pueblos en Él tengan Vida “Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida” (Jn 14, 6) Aparecida, Documento Conclusivo. CELAM, 2007, n° 288 y 294 (en adelante DA).

⁵ Cf. GARCÍA AHUMADA, Enrique, El catecumenado en América Latina. “Sinite” LII-158 (2011) pp. 523-534.

⁶ Un catequeta señala en una mirada global a la catequesis de América Latina: “El proceso catequético ha tenido hasta hace poco un tinte de carácter escolar: dirigido a niños y adolescentes, centrado en el contenido a asimilar, conducido por el catequista-docente, con lenguajes basados en el catecismo y la pizarra, dirigidos hacia la recepción sacramental, con evaluaciones eminentemente conceptuales. Como consecuencia el modelo de cristiano y de comunidad resultantes se ha manifestado débil y desinteresado por un proceso de crecimiento y formación de tipo permanente” (Balbino JUÁREZ, F.M.S. Apuntes para una lectura catequética de la Misión Continental. Santiago, 2009, p. 8, en <http://scala-catequesis.org>).



“hacia adentro”, encerrándonos ante el mundo.

¿Cómo es posible este estado?

Una razón principal se encuentra en los responsables pastorales quienes aún no toman suficiente conciencia de la urgente necesidad que tiene la Iglesia de ponerse en estado de misión o de conversión pastoral, considerando la honda transformación cultural que experimenta todo Occidente. Parece que algunos no perciben esta desconexión pastoral entre cultura y fe, en tanto otros no saben cómo solucionarla. Por otra parte, unos pocos siguen, ilusamente, percibiendo al mundo aún en época de cristiandad o como un estado posible de ser recuperado (¡!). La convicción del radical cambio de época que también vive Chile, que, entre otras consecuencias, ha provocado:

- una transformación en la percepción de lo sagrado,
- el crecimiento del pentecostalismo,
- una avanzada desinstitucionalización religiosa,
- la aparición de nuevos movimientos espirituales,
- el resurgir de fundamentalismos,
- e inéditos protagonismos de lo religioso en la vida social,

parece que no preocupa más que a los “expertos” en pastoral.

Afortunadamente, poco a poco se está permeando esta burbuja, ya sea por cierto “punto de saturación” en la evidencia del nuevo estado de cosas, por las múltiples denuncias de abusos sexuales cometidas por personeros del clero, y/o

por la baja sostenida en la adhesión y confianza a la Iglesia que revelan las encuestas.

Por lo tanto, seguir formando cristianamente a las personas, especialmente a los jóvenes, de espaldas a esta realidad, es claramente una irresponsabilidad.

3. Una mirada proyectiva

Lo comentado hasta ahora sólo pretende ensayar una explicación sobre la parálisis pastoral en la que estamos. Lo que es mucho más preocupante es que parece que tampoco en el futuro cercano se podrán levantar experiencias formativas de calidad. En efecto, es común escuchar en conversaciones informales, “de pasillo”, que basta tomar en cuenta el Ritual de Iniciación Cristiana de Adultos y diseñar itinerarios según su modelo catecumenal, como símil de los itinerarios formativos que se llevaron a cabo en los primeros siglos por las comunidades cristianas. Sin embargo, el diseño y seguimiento del proceso no puede entenderse ni hacerse de modo casi automático, del tipo “copiar y pegar”, puesto que se olvida que en los siglos III al V, en la cuenca del Mediterráneo, la población tenía expresiones religiosas explícitas (algunas eran prácticas supersticiosas, tradicionalistas, otras eran más filosóficas, y existían algunas de tipo místicas)¹⁰, a diferencia de nuestros días donde la religiosidad del grueso de la población latinoamericana, por no nombrar a sus elites más pudientes y/o cultas, ha chocado con una corriente racionalista que ha invadido a casi toda nuestra sociedad occidental, en un afán desa-

PARA REFLEXIONAR

¿Cuál de las anteriores constataciones compartes?

⁷ Juan MARTÍN VELASCO, *Metamorfosis de lo sagrado y futuro del cristianismo*. Bilbao, Sal Terrae, 1998, p. 10ss.

⁸ Se presentan datos de toda América Latina en CORPORACION LATINOBARÓMETRO, *Las religiones en tiempos del Papa Francisco*. Santiago, 2014, www.latinobarometro.org. Ver también Eduardo VALENZUELA, Matías BARSTED y Nicolás SOMMA, *¿En qué creen los chilenos? Naturaleza y alcance del cambio religioso en Chile*. Santiago, Centro de Políticas Públicas UC, 2013, p. 7.

⁹ Cf. Diego BERMEJO (Ed.), *¿Dios a la vista?* Madrid, Dykinson SL, 2013, pp. 15-19.

¹⁰ Cf. CONBY, Jean, *Para leer la Historia de la Iglesia. Desde los orígenes hasta el siglo XXI*. Navarra, Verbo Divino, 2010, pp.27-31. scala-catequesis.org).



cralizador que se burla y trata de eliminar del mundo las supersticiones, pero también a todo signo de trascendencia, al catalogar como ilusión todo lo que no pueda ser cuantificado; el consumismo, uno de sus subproductos, le está dando la estocada final a la población de Chile. Ante esto, parece insuficiente apelar a que aún se cuenta con un “sustrato católico”¹¹ en la piedad de nuestros pueblos latinoamericanos.

Más aún, a diferencia de los primeros siglos en que los paganos se sentían impactados fundamentalmente por “*el mensaje evangélico en sí mismo, la fraternidad vivida por todos y el testimonio de santidad que llega hasta el martirio*”¹², normalmente las comunidades cristianas a duras penas desarrollan vínculos anodinos entre sus miembros, mientras un sector de la Iglesia, según algunos autores, ha sido tradicionalmente visto confabulado con las elites socioeconómicas de América Latina¹³, una impresión que no se borra con eventos eclesiales esporádicos e incluso la innegable santidad de miles de católicos de todas las condiciones en nuestra región.

En consecuencia, no se puede intentar aplicar, sin más, la dinámica catecumenal del pasado, sino que hay que rediseñar la vida de nuestras comunidades cristianas, considerando la sociedad actual. En términos salesianos, **es imprescindible cuidar la vida pastoral de la CEP, puesto que tal vitalidad será la que dé apoyo y sostén al caminar formativo que hagan las personas en formación.** Y eso es en extremo difícil, pues si no es fácil desafiar cualquier hábito, cuánto más es intentar ir a contrapelo de la habitual organización y acción pastoral de la Iglesia, caracterizada por un fuerte centralismo del clero y un laicado poco consciente de su corresponsabilidad.

Reiteramos: reactivar la vida pastoral de la CEP implica aclarar preconceptos, relevar pre-

juicios, develar opciones inconfesadas que no pocas veces van contra el buen gusto, a contrapelo de los consensos determinados a la ligera, o derechamente contra la opinión del superior o de quienes detentan el poder. Implica hacer experiencias piloto, asumir el costo de involuntarios errores que frecuentemente se cometen en toda nueva ruta. Conlleva, además, abandonar procedimientos familiares, “desgastarse” en el discernimiento comunitario, realizar acciones de retroalimentación para corregir el rumbo, etc. A nivel personal o de CEP, es más fácil aplaudir con sana distancia a Abraham por su entrega vital a Dios, antes que imitarlo.



PARA REFLEXIONAR

¿Cómo podríamos cuidar la vida pastoral de la CEP, para que dé apoyo y sostén al caminar formativo que hagan las personas en formación?

¹¹ Cf. III CONFERENCIA GENERAL DEL EPISCOPADO LATINOAMERICANO. La evangelización en el presente y en el futuro de América Latina. Documento de Puebla. Santafe de Bogotá, CELAM, 1979, n° 412. En adelante: DP.

¹² HAMMAN, A. G., La Vida cotidiana de los primeros cristianos. Madrid, Palabra, 2002, p. 85. Recordemos que el catecumenado fue un itinerario de formación básica para quienes querían ser cristianos, diseñado y aplicado principalmente entre los siglos III al V, constituido por etapas y signos. Cf. CONCILIO VATICANO II, Constitución Sacrosanctum Concilium, 64; Decreto Ad Gentes Divinitus, 13-14; y Decreto Christus Dominus, 14.

¹³ En la época de la Colonia las riquezas de América Latina en oro, plata y otros artículos producidos por el trabajo de los esclavos, el trabajo asalariado y los peones agobiados por las deudas fueron la base económica de la Iglesia en la mayor parte de Europa. Los sacerdotes disidentes que se volvieron revolucionarios y que abogaban por los derechos de los pobres eran degradados y algunas veces ejecutados [...] Con el paso de los siglos, la Iglesia católica se alió con las familias acaudaladas de la elite que dominaron la política latinoamericana, y dio su bendición a muchos desagradables dictadores militares” (James D. COCKCROF, América Latina y Estados Unidos: historia y política país por país. Buenos Aires, Siglo XXI, 2001, p. 51. Ver también María Angélica THUMALA, Riqueza y piedad. El catolicismo de la elite económica chilena. Santiago, Debate, 2007).



4. Un enfoque explicativo

Evangelizar, como dijo el Papa Pablo VI en *Evangelii Nuntiandi*, es la tarea prioritaria de la Iglesia, la que le da su identidad, su vocación¹⁴. Esta tarea podría definirse hoy como *el acompañamiento que hace una comunidad eclesial a la progresiva adhesión que una persona hace a Jesús y su estilo de vida*.

Este es un proceso que consta de las siguientes etapas¹⁵:

- Testimonio, diálogo y presencia caritativa.
- Proclamación del Primer Anuncio de Jesús.
- Catequesis de los misterios de la fe y sus vivencias.
- Vida en comunión fraterna y celebración de la fe.
- Apostolado con el testimonio, la palabra y el servicio.

Lamentablemente, este proceso, presentando hace cuarenta años por Pablo VI, aún es poco conocido y aplicado por los responsables de la pastoral; más bien, nos hemos quedado en eventos, en propuestas interesantes, a veces incidentes, pero aisladas, sin seguimiento, sin generar itinerarios ni, menos, organicidad.

Hijos aún de un modelo de cristiandad, es decir, de cuando la Iglesia era el centro de la sociedad y su perspectiva se imponía soberanamente ante cualquier otra, la pastoral de

nuestras comunidades ha seguido centrada en la catequesis, los sacramentos y en la vida comunitaria. Nos hemos olvidado que la catequesis es antecedida por otras etapas evangelizadoras que la preparan, y que hoy son imprescindibles que se conozcan y se activen. Además, nos hemos olvidado que la vida comunitaria debe dar paso a otra etapa evangelizadora que la releve, como signo de madurez, todas ellas por lo general desatendidas.

Por lo tanto, escasamente tendrá desarrollo la iniciación cristiana, sea catecumenal como en cualquier otro enfoque, si en nuestras comunidades eclesiales no se levanta una pastoral integral, de excelencia, que le dé el necesario soporte, vitalidad y proyección en el tiempo.

PARA REFLEXIONAR

¿Qué experiencias de evangelización primera (pre catequesis) identificas en tu pastoral local?



¹⁴ Cf. PABLO VI, *Evangelii Nuntiandi*, 14 (en adelante EN).

¹⁵ COMISION NACIONAL DE CATEQUESIS, *Orientaciones para la Catequesis en Chile*, Santiago, CECH, 20092, n° 57-62.



5. Un par de actitudes básicas

Puestos a considerar un nuevo modo de realizar la formación religiosa en nuestras CEPs, más acorde al actual estado de nuestros interlocutores, se hace necesario comprender que la evangelización comienza no con una acción, sino con una convicción, que es esta: **cualquier grupo de personas** (niños, jóvenes, adultos), **al vivir a su modo, tratan de ser coherentes con sus concepciones de la vida, las que, aunque pueden ser limitadas, poseen ya muchos valores evangélicos** (también llamadas “semillas del Verbo” o “atisbos del Reino de Dios”). Ejemplos de tales grupos de personas pueden ser los mismos alumnos de un colegio, de un curso específico, o muchachos/as que son reunidos para iniciar un itinerario catequístico o de experiencia asociativa. Cualquiera sea el caso, para la mirada cristiana, debe considerarse como una certeza indiscutible el hecho de que ellos ya viven algunos aspectos del Reino de Dios. En efecto, donde haya gestos de bondad, muestras de sana alegría, esfuerzos por generar paz, etc., el Reino está brotando. Particularmente para la mirada salesiana, esto se traduce en la convicción de que, en la vida de cada muchacho/a, aún la más pobre, problemática y precaria, existe, por la presencia misteriosa del Espíritu Santo, la fuerza de la liberación y la semilla de la felicidad. Recordemos, respecto a esto, el tan aludido encuentro de Don Bosco con Bartolomé Garelli (“¿Sabes silbar?”) donde se expresa desde ya una concepción teológica, antropológica y pedagógica que ya quisiéramos asumir.

Luego de tal convicción, se hace necesaria la presencia de un cristiano, que trate de ser coherente con el estilo de vida de Jesús: amisto-

so, compasivo, solidario, paciente... Tal persona puede ser un nuevo amigo en el club de fútbol, un nuevo colega en la oficina, incluso una nueva familia vecina en un barrio, pero en una obra salesiana puede ser también un profesor, una catequista o un animador de alguna experiencia asociativa.

Sin necesidad de pasar a la segunda etapa del proceso evangelizador, que antes denominamos “Primer Anuncio”, es importante subrayar que:

- quienes cuidan su testimonio de vida, caracterizado por la actitud amable y simpática al tratar con sus interlocutores,
- quienes se preocupan de dialogar en vistas a suscitar hondas preguntas vitales,
- quienes ayudan a otros a crecer en actitudes genuinamente humanas (como el servicio solidario, el respeto, la paz, el autococonocimiento, la búsqueda de la verdad, etc.),

¡también están evangelizando!

PARA REFLEXIONAR

Una autoevaluación:
¿En qué necesito crecer, tomando en cuenta los tres subrayados anteriores?



Ciertamente, el impacto no suele ser inmediato, pero con el tiempo a esos muchachos podría llamarles la atención el estilo de vida de ese adulto o joven adulto: podrá incomodarlos, suscitarles admiración y/o inicial rechazo; aunque también podrá abrir diálogos sobre búsquedas de diversa hondura existencial.

El Papa Francisco afirma a este respecto:

“...el primer momento es un diálogo personal, donde la otra persona se expresa y comparte sus alegrías, sus esperanzas, las inquietudes por sus seres queridos y tantas cosas que llenan el corazón. Sólo después de esta conversación es posible presentarle la Palabra, sea con la lectura de algún versículo o de un modo narrativo, pero siempre recordando el anuncio fundamental: el amor personal de Dios que se hizo hombre, se entregó por nosotros y está vivo ofreciendo su salvación y su amistad”

(Evangelii Gaudium n° 128).

En otras palabras: **los padres, docentes, administrativos y personal auxiliar en colegios, parroquias, universidades y centros juveniles, pueden cumplir un rol evangelizador de primer orden.** Especialmente, si nos referimos ahora a los docentes en sus interrelaciones pedagógicas, sea en la escuela o en la Universidad, al generar en sus aulas las interrelaciones personales y diálogo sobre asuntos vitales acordes a la edad de sus muchachos, deben saber que cumplen un servicio clave en la perspectiva evangelizadora de la Iglesia, especialmente bajo la óptica salesiana, pues ayudan a que los muchachos crezcan en su humanidad y se sensibilicen existencialmente de un modo suficiente para que, posteriormente, se les pueda ofrecer en detalle una propuesta de vida integral, como la que ofrece el Señor Jesús. En ello, la actitud (*“amarevolezza”*) viene a revelarnos que el medio (la relación) es ya el mensaje.

Por lo tanto, sin abandonar sus parámetros curriculares, los docentes de cualquier asignatura (en colegios científico-humanistas y en la Universidad) o módulo (en colegios técnicos) pueden ser excelentes evangelizadores. Claro, tienen que cuidar que su propia presencia en el aula y fuera de ella, así como los aprendizajes de su asignatura o módulo, no queden atrapados en las frecuentes perspectivas materialistas, sin trascendencia, y, más bien, abran la puerta al Misterio de Dios que se esconde tras toda área del conocimiento humano.

Por supuesto, aquí se ha ahondado sólo en la dimensión educativa que tiene aquel primer momento frecuentemente desconocido o ignorado de la evangelización, como es el del testimonio y de la sensibilización trascendente. Dejaremos el segundo momento para el próximo número de estas *Notas de Pastoral Juvenil*. Lo importante, por ahora, es **descubrir el valor evangelizador de aquellos agentes educativos que generan en los muchachos las condiciones, las actitudes, la disposición para escuchar después el anuncio de Evangelio.**

Visto desde otra perspectiva, la sensibilización trascendente es un primer acercamiento a tocar la dimensión religiosa de los muchachos, que, dadas las actuales condiciones socioculturales de Occidente, suele estar poco desarrollada. Esta será, por lo tanto, una primera etapa que ha de estar presente en cualquier itinerario formativo que se precie de estar actualizado y que quiera ser significativo para los interlocutores.

Específicamente, esta es una primera etapa de gran valor para la pedagogía salesiana, según lo afirmó el anterior Rector Mayor, P. Pascual Chávez, quien hizo esta invitación:

“Desarrollar con especial atención la dimensión religiosa de la persona, considerada como un factor fundamental de humanización y de prevención. En la visión antropológica del Sistema Preventivo de Don Bosco, la dimensión religiosa es un elemento fundamental de la persona y de la sociedad; por esto, su desarrollo, hasta el anuncio de Jesucristo, es una exigencia indispensable de la propuesta educativa salesiana”.

Carta 407, La Pastoral Juvenil Salesiana

Por lo tanto, no se puede pensar en diseñar un itinerario formativo para jóvenes sin atender a una primera etapa de testimonio y sensibilización trascendente.

PARA REFLEXIONAR

Si eres docente, ¿Cómo haces para que los aprendizajes no queden atrapados en perspectivas materialistas sin trascendencia, sino que abran la puerta al Misterio de Dios?





Conclusión

El Papa Francisco ha dicho: “*Ser discípulo es tener la disposición permanente de llevar a otros el amor de Jesús y eso se produce espontáneamente en cualquier lugar: en la calle, en la plaza, en el trabajo, en un camino*” (Evangelii Gaudium nº 127). ¡Cuánto bien sería para nuestros muchachos si padres, apoderados y familiares, si los animadores de las diversas experiencias asociativas aprovecharan distintos momentos de la vida cotidiana para dialogar amistosamente con ellos!

Luego de haber celebrado el bicentenario del natalicio de Don Bosco, es importante ahondar en el valor evangelizador que tiene el simple hecho de “estar con los jóvenes”, dialogando, escuchando mucho y haciendo preguntas inteligentes. Por ahí surge una veta para actualizar los procesos de formación religiosa que tanto necesita re-aprender hoy la Iglesia.

